

CAPÍTULO XXI.

(1865)

Numerosas fuerzas de franceses y traidores en Michoacán al comenzar el año de 1865.—Patriotismo de los republicanos.—Riva Palacio es nombrado Gobernador de Michoacán.—Indisciplina de Salazar.—Riva Palacio nombra Secretario de Gobierno al Lic. Luis González Gutiérrez.—Pronunciamiento de Fermín Valdés en favor de la República.—Ataque y toma de Metepec por Nicolás Romero.—Descontento general contra la intervención.—Primera renuncia del prefecto político de Morelia.—Un suicidio.—Ataque y toma del Mineral del Oro.—Los últimos combates de Romero.—Es sorprendido y hecho prisionero en Papasindan.—Patriotismo de los presos de Huetamo.—El patíbulo de Mixcalco.

Si los restos del Ejército del Centro daban muestra á fines de 1864 de una actividad asombrosa, las fuerzas del imperio aflúan en cuantioso número á Michoacán para abrir allí una campaña vigorosa. La 2.^a División de infantería del ejército expedicionario francés se estableció en Morelia el 27 de Diciembre, bajo el mando provisional del coronel du Preuil, por haber vuelto á Francia su jefe nato el general Douay. Esta tropa se componía de tres mil hombres. Por Zitácuaro aparecía una columna de zuavos y cazadores de Africa á las órdenes del contraguerrillero capitán Clary, de quien Alberto Hans, en su historia del sitio de Querétaro, dice que él solo, con su compañía francesa, habría bastado para derrotar á todo el ejército republicano que mandaba el tenaz Régules. Esta fuerza que, sea dicho de paso, nunca realizó los sueños del oficial de Maximiliano, contaba con cuatrocientos hombres. El general Neigre, además de la guarnición francesa que tenía en Zamora y La Piedad (trescientos hombres),

llevó consigo á Michoacán una parte del regimiento de húsares, doscientos jinetes. Si á estas fuerzas se agregan los cuatro mil soldados del ejército aliado mexicano repartidos en Morelia, Maravatío, Acámbaro, Angangueo, Pátzcuaro, Puruándiro, La Piedad, Zamora, Cuitzeo y otros puntos, se verá que el imperio tenía en Michoacán, al principiar el año de 1865, un ejército de más de ocho mil hombres.

En cambio eran reducidas las tropas con que en la misma época contaban los republicanos que peleaban en Michoacán. El general en jefe, Arteaga, no tenía en Huetamo donde había fijado su residencia, más que una escolta de veinte hombres; la tercera División al mando de Salazar, en la que estaba incluida la tropa del general Régules, alcanzaba apenas á mil cuatrocientos, con una pieza de montaña; el general Riva Palacio, á cuyas órdenes militaba el cuerpo "Lanceros de Jalisco," según disposición reciente, mandaba una brigada de setecientos hombres; Pueblita, su fuerza de cuatrocientos de las tres armas; y fuera de esta enumeración, estaban las guerrillas de Ronda, Garnica, Solorio, Sosa y algunos otros más, que en conjunto no excedían de cuatrocientos jinetes. El total no llegaba á tres mil soldados, si bien podía contarse con una buena reserva de quinientos á seiscientos de la guardia nacional de Huetamo; pero con la circunstancia de que sólo estaba dispuesta á batirse en su propio terreno.

Vamos ahora á ver cómo muy pronto iba á disminuirse considerablemente esta fuerza, al menos para el general Arteaga. Este jefe meritísimo se veía obligado en aquellos días á permanecer lejos del teatro de la guerra á causa de sus enfermedades habituales que entonces se habían agravado, lo que no podía menos que perjudicar la unidad de acción y la disciplina del Ejército. Y sin embargo, la campaña no experimentaba obstáculos serios. Se operaba esto como por un milagro: no se puede comprender hoy aquella prodigiosa actividad. Desde los lugares más desiertos y remotos se enviaban ó se recibían cartas y comunicaciones. Hoy en medio de la paz que por fortuna impera en la nación, no se obraría en aquellos sitios con tanta prontitud. Esto indica también que las simpatías de los pueblos estaban en favor de los republi-

canos; donde quiera se nos proporcionaban correos, exploradores ó bagajes. Nuestros oficiales que en el desempeño de alguna comisión caminaban solos sin un asistente, jamás eran molestados en el tránsito, sino al contrario, se les facilitaban los recursos que necesitaban para continuar su marcha. De esta manera se comunicaban rápidamente las órdenes de un extremo á otro de Michoacán. Esto lo he confirmado hoy que he vuelto á tener á la vista la correspondencia del General Riva Palacio. Siempre que abro uno de esos tomos, lo devoro como si fuese un libro romancesco, no obstante el lenguaje duro é incorrecto de las cartas. A pesar de que escribo estas páginas á larga distancia del lugar de los sucesos y cuando la pesada bruma del tiempo desvanece los recuerdos, aún respira en mí el entusiasmo de la juventud, se reviven las alegrías del triunfo, despierta la tristeza de los días amargos y experimento el sobresalto del peligro; aún me parece que surge de nuevo en mi cerebro la imagen de tantos valientes que fueron á recibir su corona de mártires en la ingrata obscuridad de la historia!

Cuando Riva Palacio regresó de su expedición sobre Toluca, halló en Zitácuaro varias cartas del general Arteaga: en una de ellas se hacía referencia á la orden del Cuartel General para que los generales Pueblita y Canto, gobernadores respectivamente de Querétaro y Guanajuato, quedasen sujetos al mando del mismo Riva Palacio, mientras permaneciesen en Michoacán; en otra le recomendaba que fuese á conferenciar con él á Huetamo, á fin de que la situación del mismo Estado quedase definitivamente arreglada, y en la última, de 22 de Diciembre de 1864, le decía entre otras cosas: "Consecuente con mis ideas y viendo el malestar de este Estado, quiero poner término á esa situación y utilizar los elementos que existen todavía en él. A este fin he pensado confiar á vd. el gobierno de Michoacán, y espero que á la mayor posible brevedad me conteste si está conforme en recibirlo, en cuyo caso dispondrá vd. inmediatamente su venida á ésta para que tengamos una conferencia en la cual dé yo á vd. mis instrucciones y se arregle todo lo relativo á ese Gobierno y al del primer Distrito del Estado de México."

Motivaba estas ideas del general Arteaga la actitud hasta cierto punto independiente que había tomado Salazar por consejos de Don Blas José Gutiérrez. Era preciso reprimir enérgica y oportunamente aquel ejemplo de indisciplina.

Cumpliendo con las órdenes del General Arteaga, Riva Palacio marchó á Huetamo, en donde el 11 de Enero se le entregaron el nombramiento de Gobernador de Michoacán, una comunicación para que continuase al frente del primer Distrito del Estado de México, y la orden del Cuartel General para que se encargara del mando en Jefe de la 3ª División del Ejército Republicano del Centro. En seguida se dirigió en busca de Salazar para que le hiciese la entrega respectiva, habiendo encontrado á aquel jefe con su fuerza y la de Régules en la ciudad de Uruapan, distante de Huetamo más de sesenta leguas. Lo que se va á referir es digno de relatare detalladamente.

Hacia tiempo que Don Blas José Gutiérrez instaba á Salazar para que, desconociendo á Arteaga, marchase á ponerse á las órdenes de Echeagaray, quien en el Sur de Jalisco había asumido, sin título alguno, el carácter de general en Jefe del Ejército del Centro. "Cuando Arteaga desaparezca de la escena, le decía, podrá vd. volver á Michoacán con mejores elementos de los que hoy tiene." Salazar no tomaba sobre este particular ninguna resolución, pero no faltó quien desde Huetamo le avisase que se le había destituido del cargo de Gobernador y del mando en Jefe de la División. Salazar era de un carácter violento de que sabía sacar partido su consejero Gutiérrez. Por desgracia en el mismo día—16 de Enero—en que recibió la expresada noticia, el comandante Jesús Verduzco, se apeó del caballo en el portal de la casa, alojamiento de Salazar, presentándose á éste y avisándole que el general Riva Palacio acababa de llegar y solicitaba desde luego una conferencia para tratar asuntos de importancia.

Mientras que Riva Palacio se instalaba en la casa de Don Ramón Farías, contigua al alojamiento de Salazar, éste hacía que su clarín de órdenes tocase *junta de honor*, á la que acudieron presurosos los jefes de la División. Pocos momentos después llegaba Riva Palacio y era recibido en medio de

aquel concurso grave é imponente: presentó las comunicaciones del Cuartel General, y entonces uno de los jefes pidió se diese lectura al acta levantada y firmada ya por los que componían la junta. En aquel documento se reconocía al general Riva Palacio como gobernador del Estado; pero con el pretexto de que Salazar había formado la 3ª División, "organizándola hasta ponerla en el brillante estado que tenía," los jefes y oficiales de la misma no reconocían otro general en Jefe de la expresada División.

Me acuerdo que Riva Palacio, al escuchar la lectura del acta, encendido el color del semblante, pero con voz tranquila, increpó á los presentes su falta de disciplina que era un verdadero acto de rebelión, les hizo patente la falta de consecuencia en que incurrían, pues que, reconociendo la facultad del general en Jefe para nombrar el gobernador, le negaban la de designar los jefes de la fuerza que formaba el ejército; les manifestó que la 3ª División se había creado con recursos y con hombres del Estado de Michoacán, y les dijo por último que, sin hacer un balance de los hechos de armas sostenidos por aquella fuerza y por las que á las órdenes del que hablaba hacían la campaña en Zitácuaro, manifestaba que él, sin tener una carrera militar, pero cumpliendo con el deber que le imponía el patriotismo, había sostenido una lucha incesante contra los invasores y sus aliados, conducta que era una garantía para los jefes que lo escuchaban, á quienes suponía animados del deseo de pelear por su patria. Nadie osó levantar la voz para contradecir á Riva Palacio, nadie alzó siquiera la cabeza para mirarlo frente á frente. Entonces el general tomó su sombrero que había dejado en una mesa y salió del salón, seguido de Salazar que le dirigía sus excusas. En el portal esperaban ya á Riva Palacio tres individuos de su Estado Mayor y su mozo Abraham, únicos que lo acompañaban. Allí se acercó á su caballo, y al montar, recuerdo que Salazar, quitándose el sombrero para saludarlo, estaba pálido de emoción, acaso de vergüenza. Eran las once de la mañana: Riva Palacio y sus cuatro compañeros tomaron el camino de Taretan. No habían andado media legua, cuando observaron que á todo galope los seguía una

fuerza como de cien ginetes. Por un momento creyeron que los rebeldes iban á consumar su atentado, reduciendo á prisión á Riva Palacio, pero adelantándose á los suyos, llegó á escape el teniente coronel Espiridión Trejo, y con todo respeto dijo:

—Mi general, vengo á ponerme á las órdenes de vd. para escoltarlo.

—Gracias, yo no necesito escolta.

—Ya sabe vd. señor, que los traidores, en muchas partidas, han salido de Morelia; nada difícil es que alguna de ellas haya llegado á Taretan.....

—¿Y qué? ¿No estamos expuestos á todos estos azares?

—Pues dispense vd., mi general, yo siempre escoltaré á vd.

—¿Lo han puesto á vd. á mis órdenes?

—Sí, mi general.

—Pues le ordeno á vd. que se incorpore á su fuerza.

Espiridión Trejo, abatido ante aquella firme actitud, obedeció, regresando á Uruapan.

Salazar, en la orden del día que se publicó aquella tarde, manifestaba á sus soldados que iban á hacer la campaña en Colima y Jalisco y agregaba: "Amplio campo nos presenta el enemigo para luchar con él. Iremos en pos del peligro, y acometiéndolo con denuedo. Cualesquiera que sean las vicisitudes de la guerra, serán para la 3ª División los laureles de la victoria que yo ofrezco con el sacrificio de mi propia existencia." Dos días después los rebeldes abandonaron á Uruapan y emprendieron su marcha por el rumbo de Tancítaro. Salazar iba triste, abatido, silencioso, estado de ánimo tanto más notable en él, cuanto que era inquieto, jovial y expansivo. El general Régules, segundo en Jefe de la División, no ocultaba su mal humor; los jefes, la oficialidad y la tropa participaban de estas impresiones.

Después de su salida de Uruapan, Riva Palacio se dirigió por Ario á la Huacana; allí nombró Secretario de Gobierno al ilustrado patriota Lic. Luis González Gutiérrez, venciendo las dificultades que éste, con su genial modestia, le oponía. En seguida emprendió su marcha por Jorullo, la Lagunilla y Turicato, á donde llegó el día 14 de Febrero, continuando luego á Huetamo.

En este último lugar recibió parte de que Fermín Valdés se había rebelado contra el imperio al frente de la fuerza que antes mandaba su padre, el coronel Laureano Valdés, á quien hemos visto caer herido en Guanoro. El nuevo republicano inspiraba sospechas á los liberales viejos, quienes llegaron á suponer que aquella defección sólo tenía por objeto apoderarse traidoramente de Nicolás Romero: viéndose rechazado Valdés, se limitó á recorrer el Sur del primer Distrito del Estado de México, y el 17 de Enero era derrotado en Texcatitlán por el capitán Du Bassol. Fermín Valdés continuó sin embargo, prestando sus servicios en las filas republicanas que hacían la guerra en aquella comarca.

Mientras Riva Palacio se dirigía á Huetamo para conferenciar con el general Arteaga, Romero había vuelto á expedicionar por el rumbo de Toluca. El 11 atacó la guarnición de Metepec, logrando, tras reñidísimo combate, tomar el pueblo y apoderarse de los elementos de guerra allí existentes. Durante la lucha, de la casa de un vecino, que fungía de autoridad, se hizo un fuego nutrido sobre los soldados de Nicolás Romero, batiéndolos á retaguardia, cuando más empeñados estaban en el combate. Quienes esto hicieron eran Don Julián Gutiérrez, dos hijos suyos y varios mozos. También pelearon valientemente tres hijas del mismo señor. Los chinacos, furiosos por este ataque inesperado, desprendieron un grupo de ellos sobre la casa, que fué acometida vigorosamente y tomada á costa de la vida de algunos de los asaltantes. En los momentos del triunfo Gutiérrez y los suyos quedaron muertos en su propia morada. Este hecho ameritó uno de los cargos que se hicieron á Romero en la corte marcial francesa. Romero ni ejecutó ni mandó aquel acto de sangrienta venganza; pero aun cuando así hubiera sido, semejantes hechos son disculpables en el furor de la guerra. Cuántos rasgos más horribles aún, pudiéramos citar de parte de los franceses en las guerras que han llevado á otros pueblos y cuya independencia éstos han defendido. Me basta referir un caso. En la conquista de Argelia, los generales Pélissier y Iusuf sitiaban á Laghout. "La ciudad fué tomada por asalto, dice el general Du Barail que era uno de los asaltantes.

Sufrió todos los horrores de la guerra: conoció todos los excesos que pueden cometer los soldados, poseídos de la pasión por una lucha terrible, furiosos por los peligros que acababan de pasar, por las pérdidas sufridas y exaltados por una victoria vivamente disputada y caramamente comprada. ¡Hubo escenas espantosas! Las calles y las casas estaban llenas de cadáveres de hombres, de mujeres y AUN DE NIÑOS....." No llegaron á tanto los horrores de Metepec.

Mientras pasaban estos acontecimientos en el teatro de la guerra, en el de la política se hacían notar el desaliento, la falta de confianza y cierta secreta hostilidad contra los franceses, sentimientos que reinaban en el bando conservador. Precisamente en los días en que más activa hacían la campaña de Michoacán las huestes invasoras y sus aliados, el Prefecto político de Morelia, Lic. del Moral, dirigía su renuncia á Maximiliano, en oficio del día 18, en los términos siguientes: "Señor.—En comunicación de hoy, que acabo de firmar, informo á V. M. sobre varios puntos de la administración pública, y concluyo haciendo formal dimisión de la jefatura política. Las razones ostensibles en que la fundo, constan en dicha comunicación, habiendo intencionalmente omitido otras que deben figurar en primer término, porque las creo reservadas tan sólo al Soberano.—Cuando S. M. tuvo la dignación de instarme para que aceptara el cargo de Prefecto, queriendo desvanecer los motivos de mi absoluta negativa, me aseguró V. M. que su gobierno sería todo nacional y libre de influencias extrañas; que antes de dos meses, los mexicanos todos, sin distinción de opiniones, rodearían el trono y serían su mejor y único apoyo, y que para el evento inesperado de que las combinaciones, ya bien meditadas, no dieran el pleno y satisfactorio resultado que tantos hechos importantes habían prometido, V. M. estaba resuelto á consultar el sufragio público, convocando á los pueblos de una manera franca y leal, y someterse á su decisión. ¿Es esto exacto, Señor? Pues bien, han transcurrido tres meses, y aquella esperanza no se realiza; la guerra toma mayores proporciones; los odios se exacerbaban, y cada día se hacen más perceptibles las resistencias, sin que hasta ahora, al menos que yo sepa, se dicte providen-

cia alguna para explorar la voluntad del país.—V. M. tendrá altas y poderosas razones de Estado para no apelar de presente al indicado medio; yo debo respetarlas; pero cualesquiera que ellas sean, consecuente con lo que expuse á V. M. misma en el acto de admitir la prefectura, no me es decoroso permanecer en ella, cuando faltan las bases de mi condición á la aceptación.—Por tanto, confiando en vuestra augusta palabra, suplico á V. M. se sirva admitirme desde luego la solemne renuncia que hago de tal encargo, quedando reconocido personalmente á V. M. por los altos testimonios de su benevolencia.”

Esta enérgica nota que las prácticas cortesanas calificarían de insolente, no indignó á *Su Majestad*. Se limitó á no admitir la renuncia de del Moral y las cosas continuaron por el camino que les trazaba la política francesa.

En el orden cronológico que sigo, debo otra vez conducir al lector á las tierras de Zitácuaro, en donde pasaron fatales acontecimientos.

Antes de relatarlos, referiré que el día 14, el teniente coronel Luis Bernal, con la infantería de Zitácuaro y llevando á sus órdenes el piquete de caballería que mandaba Castillo, atacó y venció á la guarnición del Mineral del Oro, apoderándose de cuarenta carabinas Minier y tres cajones de parque.

Riva Palacio permaneció en Zitácuaro sólo dos días, dictando disposiciones; en seguida regresó á Carácuaro.

En uno de aquellos días, el 16, si mal no recuerdo, los oficiales de Lanceros de Jalisco tuvieron un *banquete*; entre los concurrentes estaba aquella célebre amazona, de quien ya he hecho ligera referencia. Dije entonces, que figuraba como ayudante del general Arteaga, y agregaré ahora que era jalisciense; que estuvo en el Ejército de Oriente, al mando del general Zaragoza, y en el sitio de Puebla con González Ortega, y después de estos acontecimientos regresó á Jalisco. Cuando el general Arteaga desconoció á Uraga, aquella mujer patriota le sirvió de emisario, con talento y eficacia, para

poner de acuerdo á los jefes del Ejército, motivo por el cual Uraga la mandó perseguir con encarnizamiento. De alta estatura, de robustas formas, de aspecto varonil y vestida de hombre con una blusa ancha que le bajaba hasta las rodillas, era preciso fijarse mucho en sus facciones para comprender que pertenecía al sexo débil. Se llamaba Ignacia Riechy, era conocida por “La Barragana,”¹ y se referían de ella rasgos de valor, á veces contados con cierta ironía; por ejemplo, se decía que durante un hecho de armas, pasado en Jalisco, la caballería en que la Riechy figuraba como alférez, huyó cobardemente. Nuestra amazona trataba de contener á los fugitivos y al fin lo consiguió mediante este apóstrofe:

—Media vuelta! . . . ¿qué no somos hombres?

Desde la batalla de Jiquilpan andaba aquella mujer triste y descorazonada; le parecía que la causa nacional estaba perdida y experimentaba además los síntomas de la nostalgia. Entusiasta é impresionable, admiraba las proezas de Nicolás Romero, á quien apenas tuvo tiempo de conocer, pero el bastante para llenarla de admiración. Se hizo después de un carácter huraño é irascible y no soportaba, como en otro tiempo, las bromas que le dirigían los oficiales.

Durante la comida á que me he referido, los comensales estuvieron pesados en sus chistes contra su persona, principalmente el coronel José Gómez Humaran, que la trató hasta con crueldad y de quien se sintió más, por ser Humaran el comandante del cuerpo en que ella servía, su paisano, su antiguo amigo y correligionario.

Concluido el banquete, la Riechy se dirigió á su alojamiento, entró á su cuarto, y allí escribió tres cartas, una para Romero, otra para Ruiz Suavia y la tercera para la Sra. Felipa Rojas de Guadalajara. Escribió también un papel con apuntes de pequeñas cantidades que debía, suplicando al habilitado del Cuerpo á que ella pertenecía que, á cuenta de sus alcances, las pagara á sus acreedores. Después se sentó en la orilla de la cama, ató con una punta de su pañuelo el llamador de un mosquete y con el extremo opuesto su pie derecho,

¹ Nombre que nuestros chinacos dan á las mujeres que, con las armas en la mano, forman parte de una tropa. Viene esto de que en la guerra de insurrección, una mujer, apellidada Barragán, era soldado de los independientes.

y colocando el arma en dirección al corazón, tiró fuertemente del pañuelo, se disparó el arma y la Riechy cayó bañada en su propia sangre.

El suicidio causó honda sensación. Al día siguiente fué inhumado el cadáver con honores militares, y los vecinos de Zitácuaro cubrieron la tumba de flores.

En cuanto á Gómez Humaran, de alma noble y generosa, no se perdonó jamás la participación que tuvo en las causas que determinaron aquel suceso. Desde ese día anduvo cabizbajo y adusto, él que era tan alegre y comunicativo, y esta tristeza lo acompañó hasta el 28 de Julio de 1866, en que sus amigos lo hallaron muerto en una hamaca en su alojamiento de Apatzingan.

El 26 del mismo mes de Enero aparecía De Potier á la vista de Zitácuaro con mil hombres del 81 de línea, dos compañías de cazadores de Africa y media batería de piezas rayadas. Esta fuerza obraba en combinación con la de Lamadrid, que no llegó el día de la cita. El siguiente, observando Nicolás Romero que los franceses no avanzaban, salió de Zitácuaro y se encontró con ellos en el Hoyo de la Arena. Romero traía consigo sesenta lanceros y cien infantes de la guardia nacional de aquella ciudad. Los franceses tomaron posesión de la loma del Aguacate y rompieron sus fuegos de cañón para proteger la carga de una columna de doscientos hombres que se dirigió contra los republicanos. Esta columna, con pérdida de su jefe y de algunos soldados, logró ocupar las posiciones de Romero, quien se retiró al cerro de Camémbaro en donde estaba situado el grueso de su brigada. De Potier ocupó á Zitácuaro, al mismo tiempo que Lamadrid, al frente de ochocientos hombres, hacía su entrada á la misma plaza.

Romero permaneció aquella tarde y parte de la noche en la loma de Camémbaro. Al siguiente día 28, emprendió su retirada rumbo á Carácuaro, de orden del Cuartel General y con instrucciones de unirse á la 2ª brigada de caballería para marchar en busca de Salazar y batirlo por su inobediencia.

Después que Romero recibió estas instrucciones, andaba meditando é inquieto y más de una vez se le oyó decir, “¿por qué me mandan á mí á pelear contra liberales, cuando hay por aquí tantos franceses y traidores?”

El segundo día de marcha, observó Romero que su amigo el coronel Pedro García le pasaba con frecuencia su mano por la espalda, como tratando de quitarle algún insecto ponzoñoso. Después de muchas veces de esta operación, preguntó Romero:

—¿Qué me quita vd? ¿son *jicotes*?

—No, coronel; es una mariposa negra que vuela y vuelve á pararse en la espalda de vd.

—¿Una mariposa negra? Con razón digo yo que en esta expedición me va á ir mal.

Ambos interlocutores guardaron silencio y continuaron su camino.

En la correspondencia de Riva Palacio estoy leyendo la última comunicación de Nicolás Romero. Dice así:—“Ejército Republicano. División de operaciones. 1ª Brigada.—Hoy á las once de la mañana he llegado á este punto y mañana continuaré mi marcha para Carácuaro, trayendo la fuerza de mi mando, compuesta del 1º y 2º escuadrón y el batallón de tiradores. La fuerza de Jalisco también viene, y creo también continuará su marcha. Lo que pongo en conocimiento de vd. para su inteligencia y fines consiguientes.—Patria, Libertad y Reforma. PAPANINDAN,¹ Enero 29 de 1865.—Nicolás Romero.—C. General Vicente Riva Palacio.”

Ahora bien, Papanindan es el nombre de un miserable rancho, situado entre Tuzantla y Carácuaro en el Oriente de Michoacán, un rancho oculto en medio de elevadas montañas; para llegar á él por cualquier lado, el terreno va haciendo ondulaciones, campo triste en que la vegetación apenas se muestra por uno que otro grangeno llamados en el país *chapparros*. El suelo es un yacimiento de rocas, y por lo tanto es-

¹ He subrayado la palabra *Papanindan* que es el verdadero nombre del rancho de que habla Romero: los escritores imperialistas, y aun la misma obra monumental “México á través de los siglos,” lo confunde con el de *Apatzingan* situada al sudeste del Estado y que dista de Papanindan más de ochenta leguas.

caso, si no faltó de vegetación. Esta última circunstancia determinó á Romero á enviar el grueso de su fuerza á las rancherías inmediatas, rumbo al camino de Carácuaro, más provistas de recursos para los hombres y de forrajes para la caballada. Él se quedó en Papasindan con cincuenta guerrilleros del primer escuadrón que era su antiguo Cuerpo. El efectivo de la brigada se componía de cien jinetes del primer escuadrón, al mando del Coronel Pedro García; sesenta del segundo escuadrón á las órdenes del Coronel Limón, y doscientos infantes, de quienes era jefe el Teniente Coronel Félix Bernal. "Los Lanceros de Jalisco," á las órdenes del Coronel Ruíz Suavia, tenían cien plazas. Total, cuatrocientos sesenta hombres.

Casualmente había en Papasindan en aquel día una de esas fiestas anuales que celebran los *campesinos* del país y á la cual concurren los rancheros de los contornos. Se trataba de unos *herraderos*, es decir, de poner á los becerros la marca del ganado perteneciente al rancho, lo que se hace en vísperas de soltar las ordeñas; con este motivo había música, cohetes, *co-melitón* y *fandango*. En la tarde se procedió á herrar, y es bien sabido que la gente de á caballo se divierte lazando y coleando toros. Ya he dicho que entre los de á caballo debía considerarse, como uno de los más hábiles y viciosos, á Nicolás Romero. Se entusiasmó al ver el ganado encorralado, al oír los bramidos de las reses y al ver á los rancheros *revoleando* la reata. Montó en su mejor caballo, escogió el toro más corpulento, y lanzando un grito cogió la cola de la fiera, y ésta y el caballo y el jinete arrancaron á carrera abierta. De repente los circunstantes vieron caer á Romero y á su corcel, maniatado éste por unas raíces. El Coronel se levantó en el acto, pero tenía una pierna horriblemente lastimada. Fué necesario llevarlo en peso á una de las chozas que había en el rancho. Romero juzgó que esto era otro mal presagio y volvió á dejarse dominar por la tristeza.

Todo el día 30 lo pasó en cama, presa de los dolores que sentía en la pierna. La brigada no continuó su marcha y siguió alojada de la misma manera, á tres leguas de distancia el grueso de la tropa y con Romero cincuenta hombres.

En tanto De Potier había permanecido un día entero en Zitácuaro, y al emprender su marcha, ya tarde, el día 29, nadie se preocupó de enviar un aviso á Romero, á quien suponían haciendo su última jornada en Carácuaro, lejos, muy lejos ya de los franceses.

Amaneció el día 31. Serían las diez de la mañana: la caballada estaba aún en los potreros, los chinacos reposaban á la sombra de los escasos árboles de Papasindan. Romero, apoyado en un bastón, ensayaba algunos pasos cerca de la choza.

Se oyó un tiro y al mismo tiempo el clarín que tocaba á carga. Los cazadores de Africa, sable en mano, acuchillaban á los chinacos. Los franceses del 81 de línea, los traidores de Lamadrid, como brotados del infierno, aparecieron por todas partes, exhalando alaridos salvajes. En menos de diez minutos había pasado aquella escena de pánico para unos, de odio sanguinario para los otros.

Los franceses preguntaban por Romero á los treinta y dos prisioneros que habían hecho. Nicolás había desaparecido. Sólo se tuvo noticia de que el Coronel Bernal, herido, se había retirado entre los dispersos.

Repentinamente se oyó una nueva gritería de venganza satisfecha.

Veamos lo que había pasado. Uno de los soldados franceses había querido coger un gallo para preparar su comida. El gallo se escapó de sus manos y huyó, volando luego á ocultarse entre las espesas ramas de un *chaparro*. "El soldado que lo perseguía alzó la cabeza y lanzó un grito. Muchos lo oyeron y un gran círculo de tropa se reunió en derredor." La gritería llegó á su colmo, cuando se vió salir del tupido matorral á un hombre á quien uno de los traidores de Lamadrid reconoció y nombró en alta voz.

Aquel hombre era Nicolás Romero.

Decir la satisfacción que se pintó en el semblante de los *vencedores* sería inútil, si se recuerda el odio, la envidia, el miedo que tenían al Leon de la montaña, á quien ahora pretendían humillar. De Potier se imaginó ser, con ese hecho de armas, uno de los más grandes capitanes del ejército francés:

no le brillaron de alegría los ojos, porque aquellos ojos eran opacos, incoloros, fijos, siniestros; pero sí se apresuró á dar al mariscal Bazaine un parte lleno de fatuidad y de mentiras, en que decía haber hecho al enemigo "doscientos muertos, ciento sesenta prisioneros y todos los demás huyendo dispersos; un considerable número de caballos, de armas y de municiones caídas en poder del destacamento franco-mexicano, que perdió solamente unos cuantos heridos."

Muchos de los dispersos huyeron hacia las rancherías en que estaban alojados los cuerpos de la brigada de Romero, la que emprendió desde luego su marcha llegando al día siguiente á Carácuaro á ponerse á las órdenes del general Riva Palacio, y á avisarle la captura de Romero.

Aunque me adelanto un poco al orden natural de las fechas, no concluiré este capítulo sin relatar el desenlace de la vida del hombre extraordinario que por su valor, su audacia, su astucia, su popularidad, puede con justicia llamarse el rey de los guerrilleros.

Trasladado á México, fué puesto á disposición de una corte marcial francesa presidida por el coronel de artillería M. de Saille: era fiscal ó relator un tal Lafontaine, que respiraba sangre por todos los poros de su cuerpo. Ante este terrible tribunal comparecieron Romero, sus soldados y algunos otros prisioneros hechos en distintas acciones. Once fueron condenados á muerte, veintidos á ser deportados, y los demás salieron absueltos.

De enmedio del partido clerical no se levantó una sola voz pidiendo gracia para Romero; tal era el odio y el miedo que le tenían. La prensa liberal, que apenas osaba proclamar los derechos de la patria, no pudo contenerse esa vez, y en *La Cuchara*, en *La Sombra*, *La Orquesta*, *Los Espejuelos del Diablo* y *El Buscapié* se publicaron artículos enérgicos en favor del héroe, por cuyo motivo el mariscal Bazaine redujo á prisión á sus redactores en la Acordada, como si entre sus facultades estuviera la de juzgar de los delitos de imprenta.

Del lado del enemigo, sólo el capitán Becker que cayó en poder de Romero en el puerto de Medina y que fué tratado por él con tantas consideraciones, no omitió medio alguno

para obtener el indulto del noble enemigo: en vano suplicaba á Maximiliano que fuera generoso; el *emperador* contestaba que nada podía hacer porque Bazaine estaba inflexible; el mariscal alegaba que la justicia debía ser severa y que la muerte de aquel hombre era una garantía de paz; que Romero estaba condenado desde que en Febrero de 1864 había atacado cerca de San Juan del Río un convoy escoltado por franceses, sin dejar á uno solo de éstos con vida, en la heroica resistencia que hicieron.

Maximiliano apenas se atrevió á indultar á siete de los guerrilleros: el jefe y otros cuatro debían marchar al patíbulo.

El 17 de Marzo á las diez de la noche se les leyó la sentencia: á Romero le preguntaron si quería recibir los auxilios espirituales, y dijo que prefería dormir.¹

En la mañana del día 18 salieron los presos de la capilla y caminaron hasta la plazuela de Mixcalco, lugar de la ejecución. La guarnición estaba sobre las armas, la artillería lista, las patrullas de la Gendarmería en movimiento y la policía secreta inoculada en la multitud.

"Romero iba fumando un puro; á su lado el comandante Higinio Alvarez, jefe que había sido de sus exploradores, y detrás el alférez Encarnación Rojas y el mariscal Roque Flores, sus compañeros de martirio.

"Los cuatro se presentaron con tanta sangre fría y con tan orgulloso desdén, como si no fueran á morir.

"Un sargento francés dió á Romero el tiro de gracia; y sin embargo, como si aquella alma de gigante no hubiera podido desprenderse del cuerpo, al conducir el cadáver de Romero á su última morada, hizo un movimiento tan fuerte, que rompió el atahud en que lo conducían sus verdugos.

"El pueblo se dispersó sombrío y cabizbajo!"

¹ Efemérides publicadas en el Calendario de Galván para el año de 1866.